

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et  
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Denique, cujus causam agitis, rogamus, ut vos in proposito confirmet.  
—Pío IX, al Director y Redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comi-  
sionados, y 10 rs. al mes y 50 por trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. al trimestre.—En Ultramar: 100 rs.  
al trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—  
—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de J. C. A. Sa-  
vedra, 55, Rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbitero.

## PARTE EXTRANJERA.

Los periódicos de Roma dicen que el inmor-  
tal Pío IX asistió el día de la Natividad de Nues-  
tra Señora en traje Pontifical, y acompañado  
de toda su corte, a la función religiosa que se  
celebró en la lindísima iglesia de Santa María  
del Pueblo, y que tanto al ir desde el Vaticano  
a dicha iglesia, como al volver de la iglesia al  
Vaticano, el Soberano Pontífice fué objeto de las  
más vivas aclamaciones y de las ovaciones más  
entusiastas.

La carrera se hallaba atestada de gente que  
cerraba el paso a la comitiva pontifical, y que,  
con un fervor imposible de describir, pedía a  
Nuestro Santísimo Padre la bendición.

El Centenario y el cólera han producido ex-  
celentes efectos en los pocos visionarios é ilusos  
que había en la capital del mundo católico y en  
toda la población. ¿De qué no es merecedor,  
por otra parte, el venerable anciano que sin  
consideración a su edad ni a sus achaques mira  
con suprema solicitud por el mayor bien de su  
reino espiritual y del temporal?

En Albano ha desaparecido casi completa-  
mente la terrible enfermedad que tantas victi-  
mas ha causado. En los doce primeros días de  
este mes solo han ocurrido tres casos leves.  
En cambio en Roma volvió a recrudescer  
los días 8 y 9; y parece que en los tres días  
restantes el número de muertos se eleva a  
doce diarios. No obstante esta pequeña re-  
crudescencia del cólera, circula en la ciudad  
Eterna el rumor de que el Papa permanecerá en  
Castelgandolfo durante algunas semanas. Un  
periódico romano dice además que Su Santidad  
en su incomparable bondad y en su caridad sin  
límites, querrá ir a consolar y confortar con su  
presencia a los pobres habitantes de Albano.

El bizarro cuerpo de los znavos pontificios, ha  
hecho celebrar a sus expensas y con toda la pompa  
y solemnidad propias del caso, un aniversario  
en memoria del ilustre y malogrado general  
Lamoricieri. La ceremonia se verificó el día  
11 del presente mes en la iglesia de San Salva-  
dor in Lauro y fué inmensa la concurrencia.

Los periódicos alemanes confirman las noti-  
cias que nuestros lectores conocen sobre el ca-  
rácter y resultados de las sesiones del Congreso  
católico que acaba de celebrarse en Yunsbruck.  
Uno de aquellos dice a este propósito lo si-  
guiente:

«La Asamblea general de católicos en Yuns-  
bruck terminó ayer 12 del corriente mes sus  
trabajos, después de haber hecho las demostracio-  
nes más entusiastas y calorosas en favor del po-  
der temporal del Sumo Pontífice y de la conser-  
vación del Concordato que arregla de una ma-  
nera sumamente equitativa las relaciones de la  
Iglesia con el imperio austriaco.»

Parece que además de las cuestiones que,  
con referencia a un corresponsal, digimos el  
otro día que habían sido objeto de las tareas del  
Congreso católico de Yunsbruck, se ha resuel-  
to en él exhortar a todos los católicos a que  
se unan cada día más estrechamente a la San-  
ta Sede, y a que procuren defender su poder

suministrando soldados voluntarios, orando fer-  
vientemente y haciendo con todo valor públi-  
cas protestas en favor de aquel.

Otro de los importantes asuntos tratados por  
la Asamblea católica de Austria, ha sido la si-  
tuación religiosa de los polacos. El Congreso ha  
manifestado lo mucho que siente las persecucio-  
nes que aquellos sufren por parte del Go-  
bierno ruso, y ha determinado exhortarles a la  
perseverancia y recordar a todos los hijos de la  
Iglesia la obligación en que están de rogar y  
pedir a Dios que se digne abreviar la terrible  
prueba que sufren los oprimidos católicos de  
Polonia.

El Congreso de Yunsbruck ha proclamado el  
mantenimiento de los derechos de la familia y  
de la Iglesia en la enseñanza; reclama para la  
Iglesia alemana el derecho de fundar escuelas  
independientes y protesta contra la separación  
de la Escuela y la Iglesia, y contra toda tenta-  
tiva de creación de escuelas sin carácter reli-  
gioso.

La cuestión de unidad religiosa en el Tyrol  
no ha podido formar parte del programa de la  
Asamblea; pero los sentimientos sobre este pun-  
to eran unánimes. Los oradores que hablaron  
indirectamente de ella dijeron, mereciendo ca-  
lorosos aplausos de todos los asistentes, que el  
error no tiene los mismos fueros que la verdad,  
y que por tanto no puede recibir las mismas  
consideraciones, y que en el Tyrol debe a todo  
trance defenderse la unidad religiosa.

Si un periódico alemán cumple su palabra,  
pronto aparecerá en las columnas de EL PENSAM-  
IENTO el texto preciso de las resoluciones del  
Congreso católico de Yunsbruck.

Para solaz de nuestros lectores insertamos a  
continuación el manifiesto que el Congreso de la  
paz ha hecho fijar en los sitios más públicos de  
Ginebra y circular por la población.

Dice así:  
«Ciudadanos. El Congreso de la paz, antes  
de separarse, espresa a la Confederación suiza,  
y especialmente al Gobierno de Ginebra, su  
gratitud por la hospitalidad que ha encontrado  
en esta tierra clásica de la libertad.

Los principios que el Congreso se ha pro-  
puesto proclamar y propagar, son en gran par-  
te los que hace mucho tiempo son la honra y la  
felicidad de vuestro país.

Libertad interior en plena democracia.  
Simpatía por todos los pueblos oprimidos.  
Organización de milicias nacionales.

Supresión de todas las trabas impuestas por  
el despotismo al completo desenvolvimiento de  
las libertades políticas, filosóficas y económicas.

Nosotros tuvimos la seguridad de que llenar-  
iais, en favor de la Asamblea que vino a dis-  
cutir estos principios, vuestro deber de hom-  
bres libres. Este deber lo habeis cumplido.  
Nosotros os lo agradecemos.—El Comité Di-  
rector.»

Este documento no necesita comentarios, sin  
ellos arrancará fuertes carcajadas a nuestros lec-  
tores. ¿No es así?

El Journal de Paris supone que el Gobierno  
de Florencia está decidido a tomar medidas se-  
veras respecto de Garibaldi. Si este continúa

sosteniendo la agitación en las provincias y fo-  
mentando la insurrección en los Estados pon-  
tificios, será llevado ante los tribunales.

A nosotros se nos figura que todo ello es  
juego de compadres, y que Ratazzi tiene a Ga-  
ribaldi como las niñas tienen el coco para  
hacer callar a los niños y conseguir de ellos lo  
que quieren.

### DESAPACHOS TELEGRÁFICOS.

Paris, 17.—El vapor Dolphin ha abordado al  
vapor marseillais Brasil, cerca de Rodosto, echán-  
dolo a pique, perdiéndose el cargamento y pere-  
ciendo muchos tripulantes, de los cuales solo se  
han salvado 25.

Amsterdam, 17.—Ayer inauguraron sus trabajos  
las Cámaras.

Berlin, 17.—El Rey saldrá hoy para Francfort.

Aunque de fecha algo atrasada, el 9 del cor-  
riente, es siempre interesante la carta de Roma.  
La parte relativa al estado en que se hallan los  
Obispos del reino subalpino hace estremecer a  
todo corazón generoso y cristiano.

Ayer hubo capilla en Santa María del Pópulo  
con motivo de la fiesta de la Natividad de la San-  
tísima Virgen. El Papa se dirigió a dicha iglesia a  
las diez de la mañana, llevando en su carroza a  
los Cardenales Reisch y Consolini. Asistió con el  
Sacro Colegio a los Divinos oficios, que celebró de  
pontifical su eminencia el Cardenal Sacconi, y des-  
pués dió la bendición apostólica. Numeroso pue-  
blo se agolpaba para ver al Papa, cuya salud es  
excelente.

Anoche toda la ciudad estuvo profusamente il-  
luminada en obsequio a la Santísima Virgen, de la  
que los romanos muy devotos. Todas las pre-  
ciosas imágenes de María, que se ven en crecido  
número en las paredes de las casas y en las esqui-  
nas de las calles de Roma, estaban ayer adorna-  
das é iluminadas, y por la noche se cantaban las  
letanías y otras oraciones.

El lunes próximo habrá un Consistorio secreto  
en que serán preconizados varios Obispos; más por  
desgracia no se preconizará Obispo alguno del Go-  
bierno de Italia, pues el Gobierno de Florencia,  
más que en nombrar Obispos para las diócesis  
vacantes, está resuelto a disminuir el número de  
señes episcopales. Los Obispos y demás eclesiás-  
ticos de Italia que por las leyes del Gobierno se ven  
privados de las rentas de sus prebendas, no tienen  
de qué vivir. Varios Obispos comen en la mesa de  
sus seminaristas, y otros son socorridos por la ge-  
nerosidad de los fieles. Uno de esos Obispos ha ido  
a Florencia para pedir que el Gobierno le antepone  
lo menos 500 ó 600 francos por cuenta de lo que  
se le debe, manifestando que en otro caso se verá  
reducido a retirarse al seno de su familia para no  
morir de hambre. Además en la administración  
pública reina un gran desorden; el Clero que con-  
serva todavía la administración de sus bienes, está  
gravado de modo que muchas veces se encuentra  
con que las contribuciones absorben más que los  
productos.

Los representantes de Francia y de Inglaterra en  
Méjico se embarcaron en Veracruz el 18 de Agosto.

Escríben de París:

«Ya le dije a Vd. que varios periódicos franceses  
han emprendido una verdadera campaña contra  
la conducta del mariscal Bazaine en Méjico. La  
Liberté, que en este punto se distingue por la vi-  
veza de sus ataques, ha publicado un documento  
muy grave, ante el que será difícil que el maris-  
cal permanezca silencioso. Es un orden del día  
en que dicho mariscal mandaba, a últimos de  
1865, que no se diese cuartel a ningún prisionero.  
Este documento nadie lo ha desmentido hasta aho-  
ra, y se espera que al abrirse las Cámaras se diri-  
rán vivas interpelaciones al Gobierno sobre este  
particular.»

Se anuncia que el Gobierno francés prepara  
grandes fiestas para cuando se cierre la Exposi-  
ción universal, cuyo acto coincidirá, como usted  
sabe, con la presencia del Emperador y la Empe-  
ratriz de Austria en París. Anádesse que Napo-  
leon III desearía que para entonces hubiese en esta  
otros Soberanos, y que se han dado nuevos pasos

cerca de la Reina Victoria para decidirla a em-  
prender este viaje. Por último, se dice que el Rey  
Victor Manuel aprovechará esta ocasión para ve-  
nir a visitar a su aliado de 1859, y ponerse de  
acuerdo con él sobre todas las dificultades que pa-  
ralizan la organización de la nueva Italia.

Entretanto, continúan subiendo los precios de  
los trigos y se teme que aumenten por consiguien-  
te los del pan. De día en día se hacen mayores  
compras de granos en el extranjero, y hasta en  
América. En el puerto de Londres hay en estos  
momentos 250,000 quintales de cereales con desti-  
no al Havre.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL ILUSTRISIMO SEÑOR  
OBISPO DE ORLEANS EN EL CONGRESO DE MA-  
LINAS.

Al ocupar la tribuna el eminente orador fué sa-  
ludado con los más vivos aplausos y aclamaciones  
por aquella numerosa Asamblea. Restablecida la  
calma, principió su discurso en los términos si-  
guientes:

«Señores: Se necesita, permitidme, la frase,  
cierta especie de valor para presenciar sin conmo-  
verse tantas bondades y escuchar aplausos tan en-  
tusiasmados. Me encuentro con particular placer ante  
aquel auditorio numeroso y simpático de los años  
anteriores, y debo ante todo felicitarlos por la per-  
sistencia de vuestro celo en la obra admirable de  
este Congreso.»

El orador hace enseguida un brillante elogio de  
la asociación católica de Malinas, que puede resu-  
mirse en el siguiente párrafo:

«Si, señores: lo que haceis es una buena obra  
(bonum opus); una obra grande, sagrada, poderosa,  
inmortal, cuyos frutos serán eternos. Contemplad  
cómo ya este fuego sagrado se propaga, irradiando  
sobre las más remotas comarcas: de todos los pun-  
tos del mundo cristiano, lo mismo de nuestras ciu-  
dades de Francia que de las de la Alemania, de la  
España, de Italia, de Suiza y de las Américas y  
hasta del Oriente mismo, vuestras voces se elevan  
los ojos, se os imita, se siguen vuestras huellas y  
se os envían adhesiones y felicitaciones numerosas,  
se solicitan vuestras oraciones y consejos, y haceis  
pocos momentos tuvo ocasión de ver a un católico  
de Hungría venir a tributaros, en nombre de este  
país, el homenaje de su admiración y respeto.

«Demois gracias, en primer lugar, a aquel de  
quien procede todo bien, toda luz y toda fecunda  
inspiración, y después a vosotros, organizadores  
perseverantes de este Congreso, y a vuestro digno  
y eminente Cardenal monseñor el Arzobispo de  
Malinas, vuestro pastor, vuestro excelente padre,  
que ha encontrado la fórmula para sostener vuestro  
obra superando todos los obstáculos. (Prolon-  
gados aplausos.)

La presencia de monseñor el Arzobispo de Na-  
mur no me permite expresar aquí todos mis sen-  
timientos hacia su persona. He hecho mis prime-  
ras armas en Lieja, hace veinte años, al ampara-  
do de su ejemplo y bajo sus auspicios: los años  
pasan velozmente; pero ellos han rejuvenecido  
en vez de amortiguar, el ardor, el celo y la elo-  
cuencia de esta firme alidat de la Religión cató-  
lica. (Aplausos.)

No puedo hoy usar largo tiempo de la palabra,  
y no abusaré de vuestra benevolencia (muchas  
voces: no, no, hablad largo tiempo); el abusar hoy  
me sería imposible, pues me encuentro muy fa-  
tigado, señores: no os dirigiré, por lo tanto, un  
discurso; me contentaré con recordaros las pala-  
bras que el grande atleta de otros tiempos, San  
Pablo, decía a sus valerosos compañeros: *Noti  
vinci á malo, sed vinci in bono malum*. No os de-  
jeis vencer por el mal, sino triunfad del mal por  
el bien.»

Comprenderéis, señores, que las palabras que  
acabo de pronunciar ante vosotros, son de una gra-  
vedad tal, que exigen algunos comentarios.  
Son graves, en efecto, porque al repetirlos me  
propongo y quiero recordarlos que el mal os rodea  
a vosotros todos, cualquiera que sea el país cató-  
lico de donde procedáis, y tal vez más que a los  
otros, a los católicos de Bélgica; el mal está allí  
vivo, ardiente, poderoso, y es preciso vencerlo to-  
por el mal, sino por el bien. He aquí vuestro deber  
y el nuestro: *Vinci in bono malum*.

«El mal! Hace ya largo tiempo que existe sobre  
la tierra, y he aquí por qué es preciso no admira-  
se y, sobre todo, no desmayar jamás: sin que  
pretenda trazaros un cuadro de los progresos del  
mal sobre la tierra, exponeré, no obstante, a vues-  
tra consideración los grandes pasos de la lucha  
anti-cristiana durante los tres últimos siglos.

¿Qué ha hecho el protestantismo en el siglo XVII?  
Atacar a la Iglesia. ¿Qué, en el siglo XVIII? Ata-  
car el cristianismo y todo orden sobrenatural.  
¿Qué hace, en fin, en el siglo XIX? Ha dado el úl-  
timo paso hacia adelante: combate el orden natu-  
ral mismo y lo ataca todo; Dios, el alma libre  
espiritual é inmortal, la vida eterna, la distinción  
del bien y del mal, todo esto, señores, es hoy in-  
digna, audaz é imprudentemente atacado, y se  
quiere sustituir con novedades absurdas que los  
sofistas nos dicen estar elaborando en los momen-  
tos actuales. (Movimiento prolongado de aproba-  
ción.)

«He aquí la extensión y la profundidad del mal;  
he aquí el mal que es preciso vencer por medio del  
bien. Podemos conseguirlo y lo conseguiremos  
más no sin sostener una lucha que exige grandes  
esfuerzos.

Pero permitidme haceroslo observar, señores, es  
la parte más bella la que la Providencia nos ha  
asignado en el combate, porque hoy, cuando se  
ataca todo, lo mismo nuestros dogmas que las ba-  
ses sobre que descansan, la razón como la fe, lo  
natural como lo sobrenatural, la libertad como la  
autoridad, la filosofía y la religión, todo cuanto  
constituye, en fin, el fundamento de la sociedad  
humana y del cristianismo, a nosotros, católicos,  
se nos reserva lo gloria de defender la verdad con-  
tra los enemigos más violentos, y, preciso será de-  
cirlo, los más absurdos que existieron jamás.

«La lucha es seria, señores, porque ella revela,  
ante todo, el abismo en que han caído las almas  
de aquellos que debemos salvar combatiendo sus  
errores. Esto—no hay que olvidarlo—es para nos-  
otros, cristianos, principal objeto que debemos  
proponernos. Ellos pelean por destruirnos; nosotros  
luchamos por salvarlos. (Vivos aplausos.) Ellos  
por vencerlos; nosotros por convencerlos. ¡Ah, se-  
ñores! para salvar las almas, qué esfuerzos, por  
grandes que sean, deben dejarse de intentar! Pre-  
ciso es cooperar con todas vuestras fuerzas al éxi-  
to de esta santa empresa, arriesgando nuestras vi-  
das, ofreciendo nuestra sangre si fuese necesario.  
Si pudiéramos olvidar nuestros deberes, ese Cru-  
cificado que preside estas sesiones nos recordaría á  
qué precio se consigue la redención de los cul-  
pables.

«La lucha es seria, no solo porque es la más ra-  
dical de cuantas se han sostenido hasta el presente,  
sino también porque jamás el mal ha contado con  
tan poderosos medios de acción. Estadus su orga-  
nización subterránea por medio de sociedades se-  
cretas con infinitas ramificaciones; su organización  
pública por medio de la prensa anti-religiosa y an-  
ti-cristiana, y comprendéis, sin esfuerzo, la gra-  
vedad de la situación que es preciso dominar com-  
batiendo por la verdad y por la fe.

«¿Qué podría yo decir de esa propaganda ac-  
tiva que se apega a todo, a los jóvenes como a los  
viejos, a los sabios como a los ignorantes, a los  
pobres como a los ricos, que se extiende hasta  
entre las mujeres, hasta entre los moribundos,  
violándose indignamente su conciencia y queriendo  
arrebatarles los últimos consuelos de la religión,  
las últimas esperanzas de su salvación eterna?

Nosotros trabajamos en medio de una claridad  
espléndida, combatimos a la luz del sol y no ne-  
cesitamos ocultarnos entre tinieblas como las aves  
nocturnas; pues bien, yo quiero que se me de-  
muestre en qué parte de la tierra hay algo pareci-  
do a ese pacto infernal que obliga al hombre a re-  
negar, en la hora de la muerte, de la fe de sus pa-  
dres, de su esposa y de sus hijos; si existe tiranía  
más espantosa que la de un hombre que se interpo-  
ne entre un alma y Dios en el instante de la pos-  
terera lucha para impedir que esa alma obtenga el  
perdon y la salvación impetrando la clemencia infi-  
nita del Altísimo.

«En presencia de semejante situación, en medio  
de tan rudos combates contra enemigos de la ver-  
dad y de la virtud, muchos no pueden menos de ad-  
mirarse, y se preguntan a sí mismos: ¿Es que esta  
lucha debe ser eterna? Pues bien, yo me creo  
obligado a contestaros, sí; la lucha existirá mien-  
tras exista el mundo.

«Escuchad atentamente, señores; escuchad con el  
respeto debido las siguientes palabras del Divino  
Maestro:

«Yo os envío como a un rebaño de ovejas en me-  
dio de los lobos. No es hoy un lobo el que se ha  
introducido entre las ovejas, no; vosotros repre-  
sentaís a un rebaño en medio de una manada de  
lobos; pero en medio de una lucha que solo a los  
ojos de los incrédulos aparece desigual; nosotros  
escuchamos al Espíritu Santo, que ha dicho a los  
fieles: «No temáis,» y al Santo Agustín que, con

— 52 —

Llegada la hora de comer, el Rey se sentó  
con sus caballeros a la mesa, porque en comi-  
niendo había de haber gran fiesta y zambra.  
Las mesas fueron puestas, y comieron con el  
Rey los caballeros mas principales, y eran cua-  
tro caballeros Benerrajes, cuatro Almoradís,  
dos Alhamares, ocho Gomeles, seis Alabeces,  
doce Abencerrajes, y algunos Almoradíes,  
Abenamar y Muza. Eran estos caballeros de  
grande estima, y por su valor les daba el Rey  
su mesa. Asimismo con la Reina comían muy  
hermosas damas y de buenos linajes, las cuales  
eran Daraja, Jarifa, Cobayda, Zaida, Sarracina  
y Alborayda: todas eran de la flor de Granada.  
También estaba la hermosa Galiana, hija del  
alcaide de Almería, que había venido a las fies-  
tas, y era parienta de la Reina. Andaba ena-  
morado de la hermosa Galiana el valiente Abe-  
namar, y por ella había hecho muchos juegos  
y escaramuzas, y por él se dijo este romance:

En las guerras de Almería  
Estaba el moro Abenamar,  
Frontero de los palacios  
De la mora Galiana.

Por arrimo un Albornoz,  
Y por alfombra su adarga;  
La lanza llana en el suelo,  
Que es mucho allanar su lanza.

En el arzon puesto el freno,  
Y con las cuerdas trabada

— 53 —

La regua entre dos linderos,  
Porque no se pierda, y paza.

El Rey con sus caballeros, y la Reina con to-  
das sus damas, comían con gran contento al  
son de muchas y diversas músicas, así de mi-  
nistriles, como de dulzainas, arpas y laudes que  
en la Real sala había. Hablando el Rey y los  
caballeros sobre algunas cosas, en especial de  
la batalla del maestro y de Muza, y del gran va-  
lor del maestro y de su cortesía, que era muy  
grande, de lo cual le pesaba al moro Albayal-  
dos, que sentía mucho el no haberse acabado  
la escaramuza, porque le parecía que no era  
tanto el valor del maestro como la fama publi-  
cada; y que si peleara en lugar de Muza, había  
de alcanzar victoria del maestro; por lo cual  
propuso en sí, que la primera vez que entrase  
en la Vega le había de pedir campo, por ver  
si lo que se decía era así. Las damas también  
trataban de la escaramuza pasada, y del gran-  
de esfuerzo del valiente Muza, y de su do-  
naire. Abenhamet no quitaba los ojos de Dara-  
ja, a quien amaba en extremo, y no era mal  
correspondido en su fe, porque ella le adora-  
ba, por tener partes para ser querido, y por-  
que en extremo era galán y valiente, temido y  
muy estimado, y alguacil mayor en Granada;  
que este cargo y oficio no se daba sino a per-  
sona de mucha estima, y nunca salía este  
oficio de los caballeros Abencerrajes, como se

— 56 —

teís, es argumento que le queréis bien.

Casi afrentada de aquello Daraja, la res-  
pondió:

—Amiga Fátima, no os maravilleis si recebi  
el ramo, que no lo tomé con mi voluntad,  
sino por no dar nota de ingrata en presen-  
cia de todos los caballeros y damas de la sa-  
la, que si no pareciera mal, lo hiciera mil pe-  
dazos.

Con esto dejaron de hablar sobre aquel caso,  
porque mandó el Rey que danzasen las damas  
y caballeros, lo cual fué hecho, y Abenamar  
danzó con Galiana; Malique Alabéz con su da-  
ma Cobayda, y muy bien, por ser extremada  
en todo; Abindarraez danzó con la hermosa  
Jarifa, y Venegas con la bella Fátima; Almorá-  
di, un bizzarro caballero pariente del Rey, dan-  
zó con Alborayda; un caballero Zegri danzó  
con la hermosa Sarracina; Algammun Abencerr-  
raje con la linda Daraja, y en acabando de  
danzar, al tiempo que el caballero Abencerr-  
raje le hizo una cortesía, ella, haciéndole reve-  
rencia, le dió el ramillete, y él lo recibió con  
mucha alegría, y lo estimó en mucho, por ser  
de su mano.

El valiente Muza, que había estado mirando  
la danza, y no quitaba un momento los ojos de  
su señora Daraja, visto que le había dado el  
ramillete que le había enviado a su dama, cie-  
go de enojo y pasión que recibió por ello, sin

— 49 —

cosa sino de la escaramuza y de la amistad que  
della procedió, y de la virtud, bondad y valor  
del maestro; y con razón, porque era adornado  
de todo. Y por él se dijo aquel romance, que  
dice:

¡Ay Dios, qué buen caballero

Es el maestro de Caltrava,

Y cuán bien corre los moros

Por la vega de Granada!

Desde la fuente del Pino

Hasta la Sierra-Nevada,

Y en esas puertas de Elvira,

Meté el puñal y la lanza;

Las puertas eran de hierro,

De parte a parte las pasas.

Siendo fenecida la batalla del maestro y de  
Muza, desamparando la vega el maestro se fué  
con las presas que habían hecho él y su gente.  
Volamos ahora a lo que pasó en Granada, des-  
pués que el Rey entró en ella y sanó Muza de  
las heridas, que pasó mas de un mes,



aquella fuerza de elocuencia africana cuyos ecos han llegado hasta nosotros, repitió después las mismas consoladoras palabras. Alguno de vosotros, atemorizado por el vigor de los ataques, y dudando del éxito al ver como arrecia la persecución, exclamaba tal vez: ¡oh Dios! ¿dónde está vuestra justicia? ¿cómo permitís que los malos prevalezcan y que los buenos sufran? Yo me permitiré preguntar a estos espíritus débiles: ¿qué se ha hecho de vuestra fe? ¿habeis creído, por ventura, que este siglo había sido hecho para embriagaros de caricias, de orgullo y de molición? No, no habeis sido hechos cristianos para florecer en este siglo. *Numquid christianus factus est in seculo isto flores.* (Viva sensación.)

Todavía, señores, si me lo permitís, entraré más en el fondo de esta grave cuestión. Es indudable, en efecto, que algunas veces no puede uno menos de preguntarse: puesto que Dios tiene en sus manos inmortales el destino de todas las naciones y de todos los siglos, y puede inclinar los corazones de los poderosos de la tierra hacia el lado que le plazca, ¿no sería lícito y agradable pensar que él va a enfrenar las pasiones humanas para conducir a su Iglesia y a sus hijos a un estado de paz y de completa calma?

Pues bien, yo os responderé con las palabras del profeta: «Tanto el cielo está elevado sobre la tierra como vuestros pensamientos, Señor, están elevados sobre los de los hombres. Vuestros caminos no son los nuestros.»

¿Qué ha pasado, pues, a aquel que resume en sí mismo la sabiduría y el poder infinito? El ha creído en sus consejos profundos que era mejor permitir la aparición de la maldad y vencerla por el bien, que no permitir la misma. Nada hay, en efecto, más divino que tolerar el mal hasta vencerlo por el bien; esta es—me atrevo a decirlo—la maravilla más grande del poder de Dios, y demuestra los efectos de su gracia en el corazón de los hombres.

Dios no ha hecho el mal, pero lo permite, y permitiéndolo, lo domina, lo gobierna, y lo hace contribuir de buen ó mal grado a sus designios, por una fuerza superior irresistible. Y ¿por qué esta misteriosa tolerancia del mal? Porque Dios ha encontrado más dignos de él y de nosotros los grandes combates de la tierra que enaltecen los triunfos de la virtud.

Si el temor de prolongar demasiado mi discurso no me detuviera, yo os citaría y me permitiría explicaros un párrafo de nuestro admirable Bravario.... (Muchas voces, *hablad, hablad*.) Puesto que así lo deseáis, hé aquí: es el versículo de un salmo, por el que veo que Dios permite algunas veces la noche la confusión y las tinieblas. *Posuisti tenebras et facta est nox.* Pues bien, la impiedad, el materialismo y el ateísmo han arrojado sobre las naciones su funesta sombra; surgen á veces entre los amigos de Dios dolorosas disidencias: en esta noche y a favor de las tinieblas, los bestias feroces salen de sus cavernas, y animales salvajes desconocidos recorren las campiñas. *In ipsa pretransibunt omnes bestiae silae.* Hé aquí el espectáculo que a nuestros ojos se presenta. Oyese después atronadores rugidos y se oye gritar: «Dios es el mal! ¡Guerra á Dios! ¡Viva el infierno! ¡La propiedad es un robo! ¡Hoguemus en el fango al Catolicismo! Así exclaman los que quieren destruir las virtudes de la tierra para devorarse después los unos á los otros.

Todo se cree perdido. No. Cuando las esperanzas parecen desvanecidas, Dios nos envía un rayo de luz, como hemos visto á principios de este siglo, y los malos se esconden precipitadamente en sus guaridas. (*Movimiento prolongado de aprobación.*) ¿Y qué sucede entonces? El hombre honrado abre su puerta, ve que el tiempo es bueno, que está despejado el cielo y que la luz ha reparado; sale entonces de su casa, vuelve á reanudar sus trabajos y se ejercita en obras de caridad y de virtud; hace el bien y conserva en adelante la esperanza y la alegría en el fondo de su corazón. (*Aplausos.*)

Esta es la lucha y sus alternativas; pero en medio de las tempestades y de las tinieblas, la Iglesia permanece invencible, inmutable, tranquila, y nos repite aquellas divinas palabras: «Hombres de poca fe, ¿por qué teméis?» Recientemente, señores, al regresar de Roma, con el corazón henchido de esperanza, tuve ocasión de contemplar en Pisa la famosa torre que, inclinada desde hace tantos siglos, no se derrumba jamás, y que, construida de mármol blanco brillante é indestructible, se ofrece constantemente como un enigma perpetuo á las miradas de los viajeros que la admiran: hé aquí, dije para mí, la imagen de la Iglesia, la torre de David que se menciona en los sagrados libros; ella parece también inclinada, próxima á veces á su ruina, y los que ignoran los secretos del divino Arquitecto, exclaman: ¡esto es prodigioso!

No, no del todo; hay algo aun más admirable que esa torre inclinada, y es la Iglesia, que cuando parece más próxima á sucumbir, se levanta y aparece repentinamente á los ojos del mundo como una obra indestructible y eterna. Esta maravilla divina debiera ser bastante para resumir nuestro valor y sostener nuestras esperanzas y nuestra fe.

La lucha, pues, señores, es necesaria; pero ¿cuáles deben ser sus condiciones? La primera es «el valor», y esto no debo recomendarlo á hombres que lo tienen tan acreditado como vosotros. La segunda, algo más difícil, es «la abnegación»; es necesario que vosotros, verdaderos católicos, seáis los mejores, los más sinceros amigos de los pobres, de los desvalidos, de todos los que sufren y hasta de los mismos que os combaten; es preciso que la caridad lo anime todo en

vuestra vida y en vuestras luchas, y que seáis la sangre generosa que circula en las venas de la Iglesia.

A estas dos condiciones voy á añadir una tercera, y es «el patriotismo», porque no debe creerse que la consagración á la gran causa universal, á la causa de la Iglesia, disminuya ni altere en lo más mínimo aquella virtud. No es, por cierto, mi propósito recomendaros el patriotismo; no, os diré sobre este punto una sola palabra: «Teneis una patria; sabed guardarla.» (*Estreptosos y prolongados aplausos.*)

Si, vosotros, belgas, teneis una patria noble y querida; poseéis las artes, y ninguna nación, una sola, exceptuada, puede vanagloriarse de igualarlas.

Teneis grandiosos templos, honor de vuestro suelo, y al ver estos días acudir á ellos con santo fervor al buen pueblo belga, yo decía para mí: hé aquí una nación católica; católica hasta la médula de los huesos.

Contais entre vuestros compatriotas hombres ilustres honrados por la Europa.

Teneis en cada una de vuestras ciudades espléndidos edificios y gloriosos recuerdos de vuestras libertades municipales.

Vuestro comercio é industria han llegado al más alto grado de esplendor, compitiendo con los de los pueblos mas adelantados de ambos mundos.

Existen en vosotros cierta fuerza generosa que lucha instintivamente contra la opresión, contra la baja, contra todo lo que deprime y envilece al hombre.

Pues bien, yo os digo que todo esto constituye una patria: la teneis; podeis estar orgullosos de ello. (*Nuevos y prolongados aplausos.*)

Al valor en la lucha, á la abnegación y al patriotismo, debemos añadir el trabajo y la ciencia. Yo quisiera que los católicos fuesen los mas aplicados y laboriosos de los hombres: si, con toda la energía que el sea, el que mejor convenga á vuestra naturaleza, á vuestra familia, á vuestro porvenir.

Estad firmemente persuadidos, señores, de que los destinos del mundo pertenecen á quienes mejor saben trabajar.

Mas para trabajar bien y con fruto, permitidme deciroslo, es preciso.... levantarse temprano. (*Risas.*) Varias veces os he dicho con la familiaridad de mi lenguaje: tengo la convicción de que un pueblo que se levantara á las seis de la mañana, acostándose á las diez de la noche y trabajando ocho horas al día, sería muy pronto el primero del mundo, y ninguno podría competir con él.

Debo recomendaros aún la inteligencia y la prudencia, y aquí también, señores, Nuestro Señor nos da el consejo en las siguientes palabras: «Tened, dijo, la candidez de la paloma y la prudencia de la serpiente.»

Las grandes riquezas del hombre son: las cosas, las ideas y las palabras.

Las cosas naturales y sobrenaturales, tesoro divino, aquí abajo.

Las ideas naturales ó reveladas que representan las cosas.

Por último, las palabras, que expresan las ideas.

El no fijarse en el sentido de las palabras y aplicarlas á las ideas ó á las cosas que no lo merecen, es una de las mayores faltas que pueden cometer los amigos de la verdad.

Recordad con cuánta audacia el siglo XVII y el XVIII se apoderaron de ciertas frases... lo mismo sucede en el siglo actual.

Hay sobre todo tres palabras célebres, de las que nuestros adversarios han abusado con frecuencia por culpa nuestra; ellos se han llamado á sí mismos *reformistas, filósofos y liberales*, y nosotros, aceptando sus denominaciones, las hemos repetido al designarlos. Voy á decir algunas palabras sobre estos tres puntos.

**Las Reformas.**—Todos conocen la historia de mil concilios generales ó particulares, y sobre todo la del inmortel de Trento, que más que ninguno de los anteriores trabajó con empeño y fruto en la reforma de la Iglesia y en la ilustración de los dogmas. La Iglesia es á la vez divina y humana; en los hombres depositarios aquí abajo de las cosas divinas. Hé aquí por qué la Iglesia es la única sociedad de la tierra que se ocupa incesantemente en reformarse á sí misma. El Concilio de Trento decidió que en todas sus sesiones se tratase de las reformas y del dogma simultáneamente. La verdadera reforma ¿dónde estaba, pues? En nuestro campo. ¿Y quienes eran los falsos reformistas? Un Lutero, con la religión que había arrebatado del claustró; un Calvino con dos ó tres compañeros de esta naturaleza; un Bucer, un Zwingli, un Teodoro de Baza, mentidos apóstoles entre cuyas manos, según la frase feliz de Erasmo, uno de sus amigos, la reforma concluía siempre como las comedias, por una boda. Pero estas gentes poseían el arte satánico de engañar á los pueblos falseando el sentido de las palabras, y se llamaron reformistas. ¡Reformistas ellos! El dar á tales gentes semejante denominación, me parece, en verdad, demasiado fuerte.

Es también extraordinario el abuso que se ha hecho de la palabra liberal. Si Bossuet, Fenelon, y Bourdaloue, cuyo lenguaje era tan castizo y puro, apareciesen de nuevo entre nosotros, estoy seguro de que nos preguntarían: ¿qué habeis hecho de aquella hermosa lengua francesa que os habíamos legado?

El llamar liberales á ciertos hombres equivale

á dar el dulce nombre de madre á una madre-stra.

¿Qué es un liberal? Un espíritu, un corazón generoso: un hombre que no niega á sus adversarios la equidad y la justicia que pide para sí. (*Aplausos.*) En este sentido, todos los católicos son verdaderos liberales.

Pero cierta clase de gentes... ¡imposible! Los que separan la libertad de la justicia; los que marchan derechos á su objeto usando como armas de combate la traición, la violencia, la perfidia, la espoliación y el robo; aquellos cuyo liberalismo se significa desde el principio por la opresión y el despojo de la Iglesia... ¡ah! semejantes liberales merecen solo la condenación y el oprobio; ellos demienten el nombre que adoptan con inconcebible audacia y no tienen de la libertad sino la máscara.

Yo he oído hace pocos días llamar liberal á Juárez, á ese hombre anatematizado por todas las naciones en que se rinde culto á la civilización, y al que los salvajes mismos miran con horror. ¡Esto es verdaderamente perder el sentido!

Garibaldi quiere ser también un liberal. En una alocución á los estudiantes de París, les dirige estas palabras: «Hijos míos,—hay que advertir que el orador sabe adoptar un tono paternal y pretende administrar el sacramento del bautismo en nombre de la patria—es preciso extirpar al vampiro sacerdotal; es necesario romper las cadenas de los clérigos contra las losas de las calles. Hé aquí una muestra de cierta clase de liberalismo.

Los francmasones de Portugal, que arrojan piedras á las hermanas de la Caridad, y los de vuestro país que las insultan, son también liberales. Repito una vez mas que esto es intolerable. No, no, yo digo que hablar así es falsear mi lengua, deshonrar mi sinceridad, lastimar mi corazón, y ningún poder humano me obligará jamás á dar un nombre semejante á semejantes hombres. (*Interrupción; aplausos entusiastas.*)

El orador, hablando del Concilio, cuya celebración parece próxima, termina su notable discurso con las siguientes palabras:

«Muy pronto se reunirá al lado del sucesor de San Pedro, y en mayor número que en ninguna de las pasadas épocas, los Obispos de la cristiandad.

La voz de la Iglesia reunida, hablando por la boca de su jefe supremo, enseñará de nuevo la verdad: los resplandores de la caridad y de la verdadera luz, partiendo del trono del Vicario de Jesucristo, iluminarán al mundo, y habremos dado un gran paso hacia el cumplimiento de estas divinas palabras: *Unum ovile et unus pastor*; un solo rebaño y un solo pastor.

(Una larga y profunda emoción sucedió á este notable discurso, recibiendo el orador las mas entusiastas felicitaciones.)

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 19 DE SETIEMBRE DE 1867.

### SITUACION DE ESPAÑA CON RELACION Á EUROPA.

I.

Si en medio del caos en que Europa está envuelta desde que las guerras religiosas vinieron á desgarrar su seno, hay un país que todavía conserve elementos necesarios para una restauración mas ó menos perfecta, este país es sin duda ninguna España.

No se nos oculta la extrañeza que causará en muchos ánimos una afirmación tan fuera de la corriente general de los juicios que merece nuestro país, y aun conocemos que hay grandes razones para extrañarse, al ver el decaimiento moral y material en que há largo tiempo estamos sumidos por desdicha nuestra.

Pero fuerza es confesar que el desaliento que nos oprime se funda en dos causas principales: es la primera nuestra antigua grandeza y poderio que dilató juntamente con los límites de nuestros dominios, los límites de nuestro orgullo nacional; y la segunda, la falta de estudios comparativos entre la situación de España y el resto de las naciones de Europa.

En efecto, la costumbre de ser grande y poderoso apoca y enerva el ánimo cuando llegan los días de la pequeñez y de la impotencia. Quien tuvo hábitos de lujo y se vio blandamente mecido por el soplo de la prosperidad, lastimase y se entrega al más profundo desconsuelo cuando se ve obligado á vivir modestamente y advierte que el soplo de la prosperidad se trueca en borrascoso viento. Así como, por el contrario, juzgase feliz quien desde el fondo de la miseria llega á una posición modesta, y quien avezado á los naufragios pasa una tempestad sin irse á pique.

Es asimismo desconsoladora la desgracia, si aisladamente se mira; pero alíviase en gran parte si, considerando la del prójimo, se nota que es mayor todavía que la propia.

Olvidemos, pues, si es posible, aquellas épocas de gloria en que España resplandecía sobre todas las naciones; recordémoslas solo para pagarles el tributo de nuestra admiración, y no para que sean motivo de nuestro apocamiento; y á la vez, fijemos nuestra mirada en Europa, examinemos un instante su situación, compáremos con ella la de España, y busquemos un medio, si lo hay, para atajar la marcha de nuestros males, y poner en vías de prosperidad el avariado buque de la madre patria.

Dos aspectos, como todas las cosas humanas, presenta la Europa de hoy á los ojos del observador: el aspecto moral y el material. Los ojos de la carne pasean su mirada por este continente preñado de pueblos de diferentes razas, y ven, á la verdad, un espectáculo sorprendente, admirable.

Ciudades inmensas rodeadas de magníficos jardines, sembradas de palacios suntuosísimos, agitadas por el rumor de las músicas y de los cantos que brotan de los labios del placer: edificios gigantescos en cuyo seno pulula un número considerable de seres humanos que no reposan un instante, aguijoneados siempre por el interés y la codicia; carruajes espaciosos que, arrastrados por la fuerza del vapor, corren en breve espacio de tiempo de un extremo al otro de Europa, sembrando por todas partes nuevas ideas, nuevas costumbres, nuevos conocimientos, en una palabra, la novedad; alambres eléctricos que con la celeridad del rayo comunican los pensamientos de un hombre á otro hombre, las noticias de un Estado á otro Estado; buques cargados de riquezas arrancadas por la actividad humana al seno de la tierra; y en medio de todo esto, un cambio incesante de periódicos y libros que arrojan cada día millones de sistemas, doctrinas, proyectos, instituciones, etc.

El observador, asombrado y aturrido por semejante espectáculo, no puede menos de preguntarse: ¿qué pasa aquí? ¿qué fin tiene todo esto? ¿qué se hace en esas ciudades inmensas? ¿cómo se vive dentro de esos palacios? ¿qué significan esas músicas y esos cantos? ¿qué trabajan esos seres incansables hundidos siempre en las entrañas de una fábrica? ¿á dónde van esos carruajes? ¿qué dicen esos alambres, esos periódicos y esos libros?

¡Oh! gran cosa sería si todo ello fuera la expresión de un sentimiento elevado y general, si por esas arterias que unen los puntos más distantes de este cuerpo que llamamos Europa corriera la sangre de la verdad. Pero no; tantas magnificencias no son otra cosa más que el ropaje lujosísimo con que cubre sus descarnados huesos una vieja repugnante y asquerosa.

Desnúdemos de sus galas á esta decrepita Europa; veamos lo que hay debajo de tan asombrosa grandeza.

Dos palabras podrían condensar todo nuestro pensamiento: sensualismo, brutalidad.

Francia, puesta á la cabeza de las naciones, coronada todavía con la yedra teñida en sangre que puso sobre su frente la revolución francesa, proclama el indiferentismo en religión, el derecho de la fuerza en política y el placer en todo.

La libertad de cultos ha matado la fe de esa hija querida de la Iglesia. El pueblo francés no es ya el pueblo de Carlo-Magno, no es el gran pueblo de las cruzadas: es el pueblo orgulloso y vano que, después de haber rendido culto á todas las aberraciones y delirios que pueden salir del entendimiento humano, ha caído prostrado y exento de fuerzas en el hediondo lecho de los goces materiales, exclamando: «Todo es mentira!»

Ved á ese pueblo llevando sus ejércitos á Rusia, luego á Italia, luego á América. ¿Para qué? Muévelo á ello alguna idea grande y generosa? El dice que sí; llámase el libertador de los pue-

blos, y semejante al caballo de Atila, donde pone su planta ya no vuelve á nacer la yerba.

En sus ciudades y en sus palacios solo se presta adoración al goce: sus músicas y sus cantos son la expresión de la obscenidad ó de la tontería; sus ferro-carriles no arrastran más que objetos á propósito para satisfacer las exigencias brutales de la materia: en sus fábricas se construyen armas admirables para destruir al género humano; en sus periódicos y en sus libros se insulta á Dios y se glorifica á un infame; se insulta al hombre y se ensalza al más inmundo de los animales; se canta el adulterio, la prostitución, el homicidio, el crimen, en fin, bajo todos sus aspectos. ¿Qué puede ser la familia si tal es la sociedad? La familia apenas existe; aunque el divorcio no es legal como en Inglaterra y Prusia, el divorcio es un hecho constante, si bien no tanto como el concubinato. El matrimonio es generalmente mirado con horror, porque entre otros inconvenientes tiene el de ser muy caro. ¡Han aumentado tanto las necesidades! ¡Es tan exigente la sociedad! De aquí resulta que el suicidio es un crimen ordinario. Cuando los medios de gozar se han concluido; cuando la concubina se ve abandonada y sola, con los hábitos de lujo tras de sí, y el horror de la miseria delante, ¿qué le resta más que el suicidio?

Inglaterra, la protestante Inglaterra no nos ofrece por su parte un cuadro mas consolador. Allí existe la tiranía del oro como en ninguna parte del mundo; allí se ha llegado á fuerza de industria á hacer del hombre un ser abyecto, mas máquina que hombre. Allí no se conoce la fraternidad sino en cuanto el negocio lo exige; rotos los lazos de la religión, únicos que pueden unir los corazones de los hombres, cada individuo se encierra dentro de su egoísmo donde tiene su Dios especial, su culto especial, sus creencias especiales. Padres é hijos, esposos y esposas suelen estar unidos solamente por las relaciones de la naturaleza, pero sus almas viven completamente separadas, no pueden comunicarse nunca en ese admirable mundo espiritual, donde el catolicismo funde, por decirlo así, los corazones de todos sus hijos.

Si la Religión es el único medio de unidad en las sociedades y familias, ¿cuál será la sociedad y la familia inglesas, cuando solo en Londres y su distrito se contaban hace algunos años *ciento nueve* religiones diferentes? Es de presumir que este número habrá aumentado desde entonces, dada la lógica del *libre examen*. Si á este desorden religioso que tanta influencia ejerce en la familia, añadimos que en Inglaterra el divorcio está autorizado por la ley, tendremos una idea de lo que será la sociedad doméstica en aquel país, y conocida la sociedad doméstica, fácil es adivinar el estado de la sociedad política. El bienestar, de que tanto se habla en el resto de Europa cuando se trata de Inglaterra, no es tan real como parece. Las instituciones tradicionales, mantenidas á pesar de los esfuerzos del protestantismo, son las que hasta ahora han librado á Inglaterra de una completa disolución. El día en que las nuevas ideas penetren en el seno de aquel Parlamento,—y han comenzado ya á penetrar,—el edificio político que hoy causa nuestra admiración vendrá abajo en un momento con espantoso estrépito. Aquel día, el pueblo esclavizado hoy por la aristocracia irá con la elocuencia de los hechos, lo que es una sociedad alimentada por el egoísmo y por el interés material; entonces saldrán á la superficie todas esas miserias, todos esos horrores que hoy se ocultan bajo la capa de una tranquilidad y de un bienestar aparentes.

Alemania es el centro del racionalismo; hasta hoy parecía vivir solamente del alimento científico que tantos males ha causado en Europa, corrompiendo las más hermosas inteligencias. Hoy empieza para ella la vida militar y aventurera, cansada sin duda de buscar la razón de todas las cosas, se ha persuadido de que en el mundo la razón suprema es la punta de la espaa

y los demás caballeros, y habiéndose comenzado algunas danzas entre damas y caballeros, llegó un paje de parte de Muza, é hincando las rodillas en el suelo, le dió á Daraja un ramo de flores y rosas, diciendo:

—Hermosa Daraja, mi señor Muza os besa las manos, y os suplica recibais este ramillete que él mismo hizo y compuso por su mano, para que os sirvais de tenerlo en la vuestra, y que no mireis el poco valor del ramillete, sino la voluntad del que os lo envía, que entre estas flores viene estampado su corazón para que lo tomeis en vuestras manos.

Daraja miró á la Reina; y se puso muy colorada, sin saber si lo tomaría ó no; y visto que la Reina la miró y no le dijo cosa alguna, tomó el ramillete, por no ser demasiado descoartés ni ingrata á Muza, por ser buen caballero y hermano del Rey, considerando que por tomar el ramo no era ofendida su honestidad, ni su querido Abencerraje, el cual vio bien cómo lo tomó, diciéndole al paje, que ella le agradecía mucho el presente. Quien mirara á Fátima, entendería bien lo mucho que le pesó, porque nunca él la había enviado ramillete; pero procuró disimular, y llegándose á Daraja, la dijo:

—No podeis negar que Muza es vuestro amante, pues en presencia de todos os ha enviado este ramillete; y pues vos lo recibís

verá en los compendios de Estéban Garibay y Camalao, cronista de los Reyes cristianos de Castilla.

Pues si Albayaldos estaba con deseo de probar el valor del maestre de Calatrava, no menos lo tenía su primo Aliatar, que se preciaba de valiente, y holgara ver si era así lo que se decía del maestre. El valiente Muza ya no trataba desto, sino de tener por amigo al maestre, y más se entretenía en mirar á Daraja que en las otras cosas; y tanto se embobecía en mirarla, que muchas veces se olvidaba de comer. El Rey su hermano advirtió en ello, y coligió que amaba Muza á Daraja, y pesóle grandemente, porque también él la amaba de secreto, y muchas veces le había descubierto su corazón, aunque no daba ella atento oído á sus querellas ni palabras, ni hacia causal de lo que decía el Rey. También Mahomad Zegri miraba á Daraja: este era caballero de mucha calidad, y sabía que Muza la servía, pero no por eso desistía de su propósito, de lo cual no se le daba á Daraja nada, por tener puestos los ojos en Abenhamel, caballero Abencerraje, gallardo y estimado.

La Reina trataba con sus damas cosas de los caballeros y sus bizarrías, y entre todos, los Abencerrajes y Alabazes, los cuales linajes eran deudos. Estando la Reina hablando con sus damas, habiendo acabado de comer el Rey

## CAPITULO V.

Que trata de un sarao que se hizo en palacio entre las damas de la Reina y los caballeros de la corte, sobre el cual hubo pesadas palabras entre Muza y Zulema Abencerraje, y de lo que pasó.

Grande fué la reputación que cobró Muza de valiente caballero, pues no quedó del maestre vencido, como lo habían sido otros valientes caballeros, á quien había vencido y muerto por sus manos. Entró Muza en Granada al lado del Rey su hermano, acompañado de todos los caballeros mas principales de la ciudad. Entraron por la puerta Elvira, y por las calles donde pasaban, todas las damas le salían á mirar, y otras muchas gentes ocupaban las ventanas, que era cosa de ver. Desta suerte fueron hasta la Alhambra, donde fué Muza curado por un gran maestro, y estuvo casi un mes en sanar; después de sano fué á besar las manos al Rey, el cual tuvo con su vista mucho contento, y



da. Última consecuencia del racionalismo. La punta de la espada ha dado días de gloria a Francia; la punta de la espada concluirá con Francia; tarde o temprano se vuelve siempre contra quien la maneja. Tal vez alcanzará grandes triunfos la Alemania militar; pero tenga en cuenta que maneja el arma que la ha de matar. Los grandes crímenes de la inteligencia han tenido su cuna en Alemania; ellos han engendrado el derecho de la fuerza que hoy rige en Europa. Si Alemania se lanza ahora por el camino de los grandes crímenes políticos, esté segura que su fin será como ha sido el de todas las naciones criminales: la disolución o la tiranía.

Continuaremos.

## EL TERCER CONGRESO DE MALINAS.

ART. II.

Se ha dicho mucho y muy vagamente sobre otra ocurrencia del Congreso de Malinas, cual fué lo relativo a las interrelaciones a que dieron lugar algunos imprevistos elogios de monseñor Dupanloup. A vista del grotesco desenlace del llamado por antonomasia Congreso de la paz, los revolucionarios de Europa tienen interés en exagerar los pequeños desacuerdos de los católicos, y decir:—También han reñido en el Congreso de Malinas. No es cierto: en Malinas no se ha reñido; antes por el contrario, ha reinado un acuerdo admirable y encantador en todo lo relativo a las cuestiones de unidad, respeto y adhesión a la Santa Sede, hasta el punto de que no se ha nombrado jamás a Su Santidad, a la Enciclica y al Syllabus, sin que se prorumpiera unánimemente en calorosas y entusiastas aclamaciones.

Que haya divergencia en alguna materia respecto de la cual la Iglesia no ha dicho todavía la última palabra, nada tiene de particular. Lo único grave allí ocurrido fué lo del discurso de Mr. Falloux, que los católicos liberales han aplaudido y que los católicos netos y fervorosos han vituperado. Mas aun así, el discurso de Mr. Falloux contenía tantas cosas buenas y muy buenas, tantas protestas y afectos de adhesión a la Santa Sede, que este desliz bien puede perdonarse en gracia de lo mejor que dijo. La desgracia de Mr. Falloux es que su discurso haya gustado a los enemigos de la Iglesia, pues como dice nuestra fabulilla,

Si el necio aplaude, peor.

Por lo que hace a Monseñor Dupanloup es otra cosa. Su discurso fué magnífico y vivamente aplaudido por todos, a pesar de su voz ya muy cascada y algún tanto ágría por el esfuerzo violento que tenía que hacer para que se le oyera bien y por todos. Mucho ha perdido en lo físico el señor Obispo de Orleans de tres años a esta parte; pero en su energía y parte intelectual nada ha decaído. Los médicos, dijo, me han prohibido predicar y vosotros me comprometéis a que os dirija la palabra: tenéis que hacer por dejarme en buen lugar con mis queridos orleaneses. Su discurso del día 5 de Setiembre tuvo arranques soberbios como siempre. Acababa de recibirse un telegrama en que Su Santidad daba al Congreso su apostólica bendición, cuando Monseñor subió a la tribuna, a eso de las cuatro de la tarde. El tema que tomó fué de San Pablo.

*Noli vinci a malo, sed vince in bono malum.* El señor Obispo de Orleans manifestó «que entre las persecuciones de la Iglesia no veía ninguna tan organizada ni tan terrible como la que ahora sufría la Iglesia, presentando para ello una porción de hechos que hay ahora y que no se han conocido hasta nuestros días, por ejemplo, la tendencia salvaje y feroz del solidarismo. Los católicos bajo este concepto necesitan también una organización más compacta y mayores esfuerzos que los hechos en otros tiempos, pues siendo mayor el ataque, necesariamente han de ser más vigorosa la defensa y la reacción.

Las pruebas, los combates y la lucha son los medios de aquilatar a los cristianos. Pues qué, ¿somos católicos acaso por gozar los placeres de este mundo y merecer los aplausos de sus partidarios? *Numquid christianus factus es ut in seculo isto flores?* como decía San Agustín. «Dios permite a veces las tinieblas del error, como la oscuridad de la noche: durante ella, los animales salvajes salen de sus cavernas, y sus ruidos se oyen por doquiera: uno de ellos ahulla: *Dios es el mal*; el otro brama: *la propiedad es un robo*; los otros chillan: *hay que establecer una moral nueva sobre bases nuevas*. Pero en medio de estos ahullidos lanzados en la oscuridad de la noche, Dios envía luego su luz, y las bestias salvajes huyen a esconderse en sus guaridas.»

Esta comparación, y el haber dicho que el erigir una estatua a Voltaire sería erigir una estatua a la infamia personificada, le han valido al señor Obispo los apreciables insultos de toda la *canalla periodiquera* de Francia y Bélgica. ¡Qué cosas se les han ocurrido! Era para reír el verlos hincharse y escupir como los sapos. Y lo peor (para ellos) fué, que en medio de la sensación que produjo el llamar a Voltaire la infamia personificada, el señor Obispo ofreció, si esto parecía duro, dar pruebas que harían a Europa avergonzarse de aquel bribón.

Por mi parte creo que sabemos ya lo bastante; pero no estará de más lo que añadió Su Ilustrísima, que por lo visto no es flojo. En España hay la convicción de que puede uno ser un gran literato y a la vez un gran pillo. Sin salir de Madrid ni acudir a épocas remotas, hay muestras de ese género que se vienen a las mientes; y así como dice nuestro refrán «no quita lo cor-

tes para lo valiente», se puede añadir también no quita lo valiente para lo pillo, ni el ser literato para ser un infame.

Se me olvidaba, y no es para olvidado, que el señor Obispo les recordó a los católicos liberales del Congreso que Garibaldi y Juárez eran liberales. «Si yo fuera belga, dijo, me daría vergüenza que me dijeran que yo era lo que es Juárez.» La pulla fué al alma.

En Bélgica hoy inspira horror el nombre de Juárez, lo mismo a los católicos que a los liberales decentes: creo necesario añadir este adjetivo por no exponerme a una mentira. En todas las estamperías se ve la triste alegoría que representa a la infeliz Carlota teniendo en sus manos una corona de flores que acaba de tejer para su esposo Maximiliano, a quien, allá en la lontananza, los soldados de Juárez están fusilando, mientras que un Ángel extiende un velo para que la Emperatriz no vea tan lúgubre escena, aludiendo al extravío de su razón, expresado de una manera tan sentimental y patética.

Su ilustrísima añadió que ni Garibaldi ni Juárez eran dignos de apellidarse liberales, sino *liberalastros*: esta idea que ya vertió su ilustrísima en el segundo Congreso, no ha hecho fortuna, pues la verdad es que en el uso común no se ha admitido la distinción.

Ya pueden Vds. figurarse que el discurso del señor Obispo de Orleans, tampoco por esta vez *habrá dado gusto a los señores*: dicen que algunos periódicos lo van a reimprimir: no harán nada que no deban: será muy posible que al verlo integro cambien de opinión con respecto al dicho discurso: por de pronto los periódicos revolucionarios de Francia y Bélgica han dicho contra él toda clase de improperios y bufonadas.

Por desgracia, los hombres grandes como lo es el señor Obispo de Orleans, suelen tener amigos poco discretos; y los elogios hiperbólicos y *ultra meridionales* que se le han dado, han sido, para unos objetos de risa, y para otros de disgusto. Pero ¡qué culpa tiene monseñor Dupanloup de que el ministro de Estado, al llamarle el *Lamorière del Episcopado católico*, *lumbre del futuro Concilio* y otras cosas a este tenor, *por darle incienso le haya dado con el incensario*. ¡Ay, amigos míos, el *turibulo* tiene también sus inconvenientes! Yo he visto en Bélgica a sacerdotes con patillas y bigote (¡qué facha!) manejarlo ni mas ni menos que un tambor mayor trabaja con su bastón, pero aseguro a ustedes que si yo fuera Cura en Francia o Bélgica, procuraría siempre ir a una respetuosa distancia de los incensarios: y digo del incensario metafísico lo que del material, manejado con gimnasia y a la francesa.

Pues bien, otro de los hiperbólicos admiradores del señor Obispo de Orleans, tuvo el mal gusto de decir que este era el mejor intérprete de la Enciclica de Su Santidad. Como de esto se ha hablado mucho y con cierta especie de misterio y reticencias, conviene poner en claro lo que pasó, mucho más que estas pequeñas adquisiciones proporcionadas indebidamente cuando se trata con cierto misterio. Interpelada la mesa sobre una falta de redacción en el *Boletín* y acerca de este punto, declaró que los encargados de redactar el *Boletín* tenían que trabajar con mucha premura y habían puesto *interrupción*, *aplausos*, al hablar de la Enciclica de Su Santidad y sus comentarios. Que la *interrupción* nada tenía que ver con lo relativo a la Enciclica, pues en juicio de la mesa la *Enciclica* no necesita comentarios, dando a entender que la interrupción recaía sobre esta frase.

Esta declaración, meta, franca y católica, no gustó a los católicos liberales. Pero ¿cómo ha de ser! El derecho admite tres interpretaciones: auténtica, usual y doctrinal: donde está la auténtica, ¿qué importa la doctrinal? La interpretación auténtica de la Enciclica la ha dado Pío IX. En este concepto, hasta el más ignorante sabe que donde hay patron no manda marinero.

Esto nada tiene que ver con la gran reputación de monseñor Dupanloup, porque en ello no es persona que hace, sino que padece, como dicen los gramáticos; pues tales cosas suceden a disgusto y pesar suyo.

X.

## FISONOMÍA DE LOS PERIÓDICOS.

La *Esperanza* da por terminado el asunto de los clásicos.

Es el mejor medio de hacer callar a *La Reforma* y colegas.

La *Regeneración* trata de los intereses europeos en Asia.

Léjos se ha ido *La Regeneración*; pero ni aun así se librará de ciertas influencias.

La *Lealtad*, con motivo de un artículo de la *Gaceta del Clero*, escribe otro sobre las Misas pro pópulo.

La *España* contesta a los que con el pretexto del cable submarino que pone en comunicación a España con las Antillas, piden reformas políticas en aquel país.

¡Si por pedir fueran!

El *Español* toma del periódico francés *Les Pays* un artículo en que se hacen desfoglos del sistema rentístico adoptado por el señor Barzanallana.

El *Pabellón Nacional* escribe sobre la cuestión del Pacífico, y se felicita porque la opinión en aquellas repúblicas comienza a ser favorable a la paz y a España.

Tengamos la fiesta en paz.

El *Imparcial* vuelve a tratar del comercio de cabotaje, del comercio de granos y de los neos.

Ya conocemos varias manías de *El Imparcial*: la liga de la paz y el neísmo. Si ahora le da por el comercio, no desconfiamos verle vendiendo especias en cualquier esquina.

La *Reforma* habla de minas.

¡Minas! ¿sabrán *La Reforma* lo que han costado las minas a muchos españoles?

El *Diario Español* no trae artículo de fondo.

Estos días está muy silencioso *El Diario*. ¿Qué meditará?

La *Política* publica su segundo artículo sobre la pena de muerte, y escribe entre otras cosas lo siguiente:

«Si alguien duda todavía de la ineficacia de la pena de muerte por delitos políticos, abra el libro de la historia, y verá que las conspiraciones y ataques de los partidos han crecido y se han multiplicado cuanto mayores han sido los rigores del poder, sirviendo cada gota de sangre derramada en el cadalso de incentivo para continuar la lucha, no de escarmiento; de título de gloria para los partidarios de la víctima, no de afrenta ni ignominia.

Sea el poder conservador el que apele a la aplicación de tan horrible pena, como medio de mantener, sea la revolución triunfante la que abuse de ella, su mayor expiación será siempre la de no conseguir jamás el objeto apetecido.

La *Política* es periódico de unión liberal.

La *Reforma* quiere echársela de imparcial en su número de anoche, y para ello copia algunas palabras de *La Lealtad*, de las cuales puede deducirse que en la cuestión de los clásicos tratada por *La Esperanza*, está *La Lealtad* de todo punto conforme con *La Esperanza*, y esto no es exacto.

Dice *La Reforma*:

«Como siempre nos preciamos de imparciales, cumplimos hacer constar que *La Lealtad* de anoche, con el fin de manifestarnos lo que piensa acerca de la lectura y estudio de los escritores latinos y griegos, declara: que lo que *La Esperanza* defiende no puede ser reprochado por nadie, después de haber sido aprobado por la Santa Sede.

Esta declaración honra a *La Lealtad*, y hace más significativo aun el silencio y las opiniones emitidas por *La Regeneración* y *El Pensamiento Español*, respecto al particular. Si, *La Lealtad*, en vista de las declaraciones de la Iglesia, que ya conocen nuestros lectores, baja su cabeza y reconoce, que para ella no hay cuestión, por más que para los otros pueda haberla.

Tales son sus palabras que dicen muchísimo más que cuanto nosotros pudiéramos añadir.

En efecto, esas son palabras de *La Lealtad*: mas para dar *La Reforma* una prueba evidente de su buena fe, debió copiar lo que *La Lealtad* decía más adelante, y es como sigue:

2.º Que los clásicos pueden considerarse en totalidad o en parte. En su totalidad están condenados, como libros impios e inmorales por la Iglesia, y no pueden ponerse en manos de la juventud. El tan conocido poema de Lucrecio no es mas que un panegirico del ateísmo. Algunos libros de Ovidio no deben ni aun nombrarse. La *Asinaria*, por ejemplo, es la apoteosis de la corrupción. Algun libro de *La Eneida*, por mas que sea de Virgilio, no se puede leer sin repugnancia. De aquí inferimos que adoptar estos libros como textos para la enseñanza, es lo mismo que educar a los jóvenes, según el ateísmo de Hobbes o el materialismo de Helvecio. Pero, no se podría pensar así, si como quiere *La Esperanza*, se espurgasen estos libros y se pusiesen en manos de la juventud, con notas y sin los pasajes obscenos que hemos señalado, y las páginas atea, que aun pudiéramos señalar. En este caso, los clásicos perderían su mal fondo y conservarían su brillante forma.

3.º y último. A parte la cuestión moral y religiosa, nosotros creemos la creencia, quizá infundada, de que el mejor medio de conseguir que los niños, entre gran mayoría, no aprendan nunca el latín, es el de obligarles a comenzar por los clásicos. Podríamos equivocarnos; pero tal es nuestra opinión. Habrá quien se espante de lo que decimos; pero nosotros continuaremos diciendo que obtenerse en que todo el mundo sea perfecto latino, equivale a no querer que haya latín. A los jóvenes que comiencen, deséales un modelo fácil, a los estudiantes de gran talento y mucha aplicación, que aspiren a perfeccionarse, deséales clásicos purificados y en abundancia. La experiencia nos ha demostrado que pensar de otra manera es perder el tiempo.

Los clásicos fatigan a los latinos, no por su latín, que al fin no es más que latín, sino por sus ideas, porque se refieren a un mundo diverso, a personajes que no se conocen, a costumbres que se ignoran, y cosas de las cuales no se tiene ninguna noticia. El niño, después de hallar el significado de las palabras, queda perplejo, porque con frecuencia, ni aun en español, entiende lo que literalmente acaba de traducir. De aquí el que se hastie y abandone sus estudios, que tanto devía de su alma. Tal es la primera y principal dificultad de los clásicos.

Estas acertadas observaciones de *La Lealtad*, probarán a *La Reforma* que, aunque la opinión defendida por *La Esperanza* no puede ser reprochada por nadie, puede muy bien ser combatida, sin ponerse en contradicción con la Santa Sede.

Para concluir, diremos, contestando de paso a *El Imparcial*, que la divergencia de juicios en esta materia, no supone falta de armonía entre la *grey absolutista*, sino que supone independencia de carácter y libertad de opinión en aquello que la Iglesia deja a las disputas de los hombres, cualidades que son muy raras en esa gente que vocifera a cada paso ¡independencia! ¡libertad! teniendo la garganta bajo el férreo pie de un sartón.

Dice *La España* de hoy:

La *Gaceta del Clero* asegura que tan luego como se lleve a efecto el arreglo de las parroquias y la circunscripción de diócesis, se acordarán los medios de regularizar la provisión de piezas eclesiásticas, formando un escalafón en cada diócesis de los individuos del Clero que sirvan en las parroquias, y marcando el turno riguroso de ascensos que a los mismos correspondan, para mayor estímulo y justo premio de sus servicios en el penoso ministerio de la cura de almas.

También dice el mismo periódico que el señor Roncali ha aceptado en su totalidad las negociaciones establecidas por su antecesor en el ministerio de Gracia y Justicia, a fin de llevar a cabo lo estipulado y convenido con la Santa Sede en 1851 y pulado y convenido con la Santa Sede en 1851. Parece que a este efecto se trabaja con la mayor actividad, y que deseando los diócesanos conseguir que los párrocos de su diócesis respectivas no salgan perjudicados en lo más mínimo por el arreglo, han hecho varias consultas al ministerio de Gracia y Justicia, siendo evacuadas favorablemente en cuanto se refieren a los medios de mejorar la triste posición en que se encuentra una gran parte del Clero parroquial.

Escriben de París a *La Reforma*:

«Habrá Vd. visto confirmadas por el tiempo las noticias que le adelanté hace muchos días sobre el aplazamiento de la proyectada expedición contra los Estados romanos.

Hoy ha entrado ese grave negocio en un nuevo período y tomado un aspecto extraño, sobre el cual acaso hará Vd. algunas reflexiones en una de las próximas cartas. El Gobierno francés ha conseguido cerrar los ojos sobre el estado de la legión de Aníbal y en considerarla como un cuerpo extranjero y no como parte integrante del

ejército francés, a condición de que M. Rattazzi se comprometa a oponerse formalmente a los proyectos de Garibaldi. A consecuencia de este compromiso, el Gabinete de Florencia ha entablado negociaciones con la corte romana, para obtener de ella la autorización de ocupar con tropas italianas los puntos del territorio pontificio que pudieran verse amenazados.

Del éxito de estas negociaciones dependen a mi juicio los proyectos de Garibaldi. Hay quien supone, sin embargo, que el caudillo italiano está resuelto a obrar inmediatamente; yo lo dudo, aunque no tengo en estos momentos la seguridad que otras veces.

Ya decíamos ayer que no tardaríamos mucho en romper lanzas con *El Imparcial*. En efecto, hoy, con el arrogante título de *La paz nea*,—(que no entendería Cervantes si levantara la cabeza)—nos dedica un artículo, porque días pasados nos atrevimos a decir que *El Imparcial* y sus gentes no tenían derecho a predicar la paz, pues el fondo de sus doctrinas es el esterminio. Revuélvase contra nosotros y contesta que según nuestra doctrina tampoco la Iglesia tiene derecho a predicar la paz, porque en la Edad media predicaba la guerra contra infieles por boca de Pedro el Ermitaño.

El argumento nos ha dejado tamaños, y sobre todo, cuando lo hemos visto reforzado con la siguiente perorata:

«Más valor, amable neo. Defendá la guerra a todo trance, predicada sangrienta encarnizada, de medio mundo contra el otro medio, para que los demás borregos de vuestro rebaño no os crean contaminados con las modernas ideas de progreso y civilización, sino viviendo todavía en los tiempos de Pedro el Ermitaño.

Hombre, aun no ha llegado el caso de defender la guerra a todo trance, pero si nos vieramos acometidos por un ejército de sarracenos, de bárbaros o de ciertas gentes cultas tan temibles como los bárbaros y los sarracenos, no vacilaríamos en cambiar la pluma por la espada.

S. M. se ha dignado mandar que se habilite el puerto de Motrico, en la provincia de Guipúzcoa, para el embarque por cabotaje de frutos y productos del país y para el desembarque de estos mismos y de los extranjeros y coloniales que hubiesen sido aduadados en las aduanas de San Sebastián o Deva; efectuándose todas las operaciones de embarque y desembarque con documentación de la última de aquellas y bajo la vigilancia del cuerpo de carabineros que esté de servicio en aquel punto, quien deberá poner los cumplidos.

La *Revista militar* de Cuba, desmiente autorizadamente los rumores circulados acerca del estado sanitario de la guarnición de la Habana. La fiebre amarilla había decrecido en dos terceras partes.

La recaudación por aduanas y colectorías de la isla de Cuba en Julio último, según un documento oficial publicado en la *Gaceta*, ascendió a 1.092.266.626 escudos; y si a esa suma se agrega lo dejado de cobrar por exportación, ascendente a 400.432.710 escudos resultará un total de un millón 492.699.336 escudos.

Comparado este total con el de Julio de 1866 resulta una baja en el de este año ascendente a 629.297.205 escudos.

Las aduanas de Cárdenas, Guantánamo y Baracoa son las únicas que tuvieron aumento.

El *Boletín de la Guardia civil* publica la siguiente Real orden, comunicada por el señor ministro de la Guerra al capitán general de Castilla la Nueva:

«Entrada la Reina (Q. D. G.) del oficio de V. E. de 4 del actual, consultado si el capitán retirado D. Domingo Novoa, mandado conducir a Cádiz en calidad de preso, deberá ser transportado por ferrocarril, y caso afirmativo de qué medios se ha de valer para esta conducción, se ha servido resolver S. M. que los jefes y oficiales activos o retirados a quienes se obligue a marchar arrestados con seguridad de un punto a otro de la Península, sean transportados por ferrocarril donde lo hubiere, pagando la Guardia civil, que es la encargada de conducirlos, los gastos que sea necesario hacer, los que le serán abonados después por la administración militar, previa la presentación de las cuentas correspondientes. La conducción de los individuos militares no pertenecientes a las clases de jefes y oficiales, se verificará por el sistema ordinario establecido por la Guardia civil para la traslación de presos de unos puntos a otros.

Desde ayer se encuentra en Madrid el general Mackenna, capitán general que ha sido de Aragón.

La escampavía *Invencible*, del apostadero de Algeciras, aprehendió en la madrugada del 12 del actual en los arrecifes de Paledones un cachucho con seis bultos de tabaco.

El bote del pontón *Cristina*, del mismo apostadero, aprehendió en la madrugada del 11 en aguas de aquella bahía, una embarcación con 12 bultos de igual género.

La escampavía *Chispa*, del propio apostadero, aprehendió en la madrugada del 15 del actual en aguas del Estrecho un falucho con 50 bultos de tabaco.

Escriben de Victoria:

«Ha regresado de Pamplona nuestro capitán general Sr. Garrigó con el jefe de estado mayor, ayudantes y familia. Durante su permanencia en Navarra ha sido el general y su familia objeto de toda clase de atenciones y agasajos por nuestros hermanos del antiguo reino pirenaico. Mucho lo celebramos porque son dignísimos del aprecio y consideración públicos. En Victoria, donde se les considera como hijos del pueblo, ha causado su vuelta la alegría y el contento general.

El ayuntamiento de Cádiz ha acordado la rebaja del derecho impuesto al pescado, dejando este arbitrio como estaba antes de 1.º de Julio último.

Este acuerdo iniciado por el señor gobernador de la provincia y secundado celosamente por el municipio, abaratará aquel artículo en favor de las clases pobres, y permitirá que vuelvan a funcionar los vapores de la pesca, según ha ofrecido previamente a la autoridad el dueño de los mismos, deseoso también de contribuir al mayor beneficio de aquella población.

Dicho acuerdo habrá de someterse a la aprobación de los mayores contribuyentes.

Con fecha del 16 ha publicado el capitán general de Málaga un bando para recoger las armas en el preciso término de tres días.

El acto de la apertura del instituto de Granada estuvo presidido por aquel excelentísimo señor Arzobispo.

La *España* de Buenos Aires publica el siguiente telegrama con noticias de la escuadra española:

«Montevideo, 5 de Agosto.—El 26 (Julio) entra-

ron en Rio-Janeiro las fragatas españolas *Almansa* con la insignia del almirante, y la *Navas de Tolosa*, y el resto de la escuadra se esperaba de un momento a otro.

Ha llegado a esta corte de vuelta de su viaje a Extremadura, el director general de caballería señor conde de la Canada.

## CORREO DE HOY.

Los periódicos extranjeros publican una larga carta de Mazzini al Congreso de Ginebra. Mazzini tiene un mérito que no se le puede negar: es claro y lógico. No se atañe al Congreso de la paz por el nombre que esta reunión ha tomado.

Mazzini quiere la guerra: guerra a la Iglesia y al Pontificado; guerra a todos los gobiernos constituidos; guerra a Roma, guerra para terminar la unidad alemana, guerra contra el Imperio turco, guerra para establecer la república universal, etc., etcétera.

En la cuestión italiana, Mazzini hace dos confesiones que debemos consignar: el apoyo dado por los republicanos de Italia al Pontificado, solo fué, según declara, «un golpe de habilidad». «Se quiso utilizar el privilegio de la tiara para conquistar la unidad, y para conseguir por la unidad la ruina de la Santa Sede.»

«Cuántas veces no se ha echado en cara al Pontificado el haberse retirado del movimiento unitario! ¡Cuántas otras no se le aconseja aun que se reconcilie con la Italia una! ¿Qué dirán a esto ciertos periódicos que la echan de muy amigos del Papa?

La confesión de Mazzini no tiene otro mérito que el haber salido de sus labios; que por lo demás, ¡cuántas veces hemos indicado nosotros, y con nosotros todos los buenos católicos, esa misma idea!

Hoy todos los grandes promovedores del movimiento unitario arrojan la máscara; pero, ¡jendrán los periódicos a que aludimos la lealtad de reconocer que la Santa Sede ha sido perspicaz, y que ahora mismo obra con grandísima prudencia al negarse a favorecer la obra de los italianismos? ¡Hay quien se imagina que corriendo a la par del carro de la revolución llegarán a saltar encima y a apoderarse de las riendas. ¡Cuánto se equivocan! Los que ellos conseguirán será el morir aplastados bajo las ruedas.

La carta de Mazzini es intraducible, al menos íntegra: pero no renunciamos al trabajo de darla a conocer. Tal vez alguno de sus párrafos nos sugiera útiles comentarios.

Según cartas de Florencia que alcanzan al 15 de Setiembre, Garibaldi era esperado en aquella ciudad el mismo día. El mal éxito que ha tenido sus discursos en la *Roma de la inteligencia*, como el llama a Ginebra, ha despertado en su ánimo el deseo de distinguirse con alguna heroicidad. En Florencia nadie duda de la luminancia de un ataque contra Roma. Sabemos que hay armas, municiones y dinero en cantidad suficiente para dar un golpe de mano. Dicese que han pasado ya 20.000 fusiles a territorio romano, y que están puestos en lugar seguro. Los 40.000 soldados que M. Rattazzi tiene en la frontera no han visto nada, ni verán nada probablemente. ¡Cuando se quiere hacer la vista gorda!....

Asegura un garibaldino que sin el apoyo más o menos oculto de M. Rattazzi la empresa abortaría y Garibaldi sería abandonado hasta de sus voluntarios. Por eso se cree que hay un acuerdo perfecto entre el presidente del Consejo y el héroe de ambos mundos.

Entre tanto, M. Rattazzi no deja nunca de recordar al Gabinete de las Tullerías los excesivos gastos que impone al Gobierno italiano la custodia del Padre Santo, y la necesidad cada vez más urgente, de dejar a Italia el cuidado de proteger la independencia espiritual del Pontificado, como ella la entiende.

Los 40.000 hombres que hay en la frontera pontificia no están para impedir a Garibaldi que haga una de las suyas. De vez en cuando se prende a algunos desgraciados para dar pretexto a una mentira diplomática y nada más.

El héroe entre tanto hace sus preparativos de armas, dinero y soldados, en las barbas de todo el mundo, y nadie se mete con él.

Estos 40.000 soldados tienen por objeto hacer la última *anexión* en nombre del Rey Víctor Manuel, cuando Garibaldi haya sacado las castañas del fuego. En este sentido se hace el movimiento actual.

Según parece, Rattazzi, más ardiente que sus predecesores, ha declarado al Rey que nunca, y cueste lo que cueste, debe dejar la Monarquía a Garibaldi la honra de hacer la última *anexión* y de dar a Italia su capital natural.

¡Con que la hora!... No queremos decir lo que se nos ocurre.

## NOTICIAS GENERALES.

Desde 1850 hasta el día, han perecido en las minas de Inglaterra unos 25.000 trabajadores.

¡Caro vapor! ¡Caro gas! ¡Cara civilización material!

Según los partes recibidos ayer ha llovido en Barcelona, Bilbao, Santander y San Sebastián.

Se ha autorizado a los gobernadores, diputaciones provinciales, ayuntamientos y demás corporaciones civiles para que empleen en los destinos dependientes de las mismas a los individuos que pertenecen a la segunda reserva del ejército, y lo soliciten, siempre que su conducta y antecedentes los hagan merecedores de ser atendidos, como asimismo que puedan ser admitidos en la Guardia rural interior, pero a condición de que han de estar dispuestos a presentarse en servicio activo sin excusa alguna, si se les llamase porque fuese necesario poner sobre las armas a la segunda reserva.

Ayer seguía interceptada la vía férrea de Valencia a Tarragona, y en su consecuencia no circularon los trenes.

Según nuestras noticias, son varias las personas de Valencia que se han contratado como conductores de mulas para el ejército inglés que marcha a Abisinia. Algunos de ellas saldrán en la primera expedición que se dirige al Istmo de Suez.

Al referirse los pormenores de las inundaciones de Massagrelli, hécense grandes elogios del comportamiento del maestro de primera enseñanza D. Luis Ruiz, que fue el primero que con su igual arrojo salió a la calle, seguido de dos guardias civiles, a quienes se unió el alcalde, y juntos recorrieron las calles del pueblo, prodigando cuantos auxilios les era posible, sin temer a la impetuosa corriente de las aguas, que puso en peligro sus vidas en más de una ocasión.

El fuerte temporal ha destruido un trozo de la nueva carretera que conduce a Buñol desde las ventás; y la obra de la grandiosa fábrica que construye en esta el Sr. D. Pascual Garrons también ha sufrido perjuicios de consideración.

En virtud de gestiones practicadas, en un breve plazo serán recogidos los billetes de Banco que en Sevilla están todavía en circulación.



